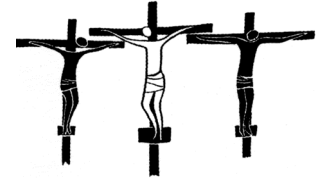


Jesucristo, Rey del Universo C 34° y último domingo ordinario C

Hoy estarás conmigo en el paraíso. (Lc 23,43)



Primera lectura

2 Samuel 5,1-3

En aquellos días, todas las tribus de Israel fueron a Hebrón a ver a David y le dijeron: – Hueso y carne tuya somos; ya hace tiempo, cuando todavía Saúl era nuestro rey, eras tú quien dirigías las entradas y salidas de Israel. Además, el Señor te ha prometido: "Tú serás el pastor de mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel". Todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón a ver al rey, y el rey David hizo con ellos un pacto en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos ungieron a David como rey de Israel.

Segunda lectura

Colosenses 1,12-20

Hermanos y hermanas: Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. El nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades; todo fue creado por él y para él.

El es anterior a todo, y todo se mantiene en él. El es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. El es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

En aquel tiempo, las autoridades y el pueblo hacían muecas a Jesús, diciendo: – A otros ha salvado; que se salve a sí mismo si él es el Mesías de Dios, el Elegido. Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: – Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: Este es el Rey de los judíos.

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: – ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.

Pero el otro lo increpaba: – ¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada. Y decía: – Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

Jesús le respondió: – Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.

Meditación

Elevado sobre un trono que es patíbulo de muerte, despreciado y condenado por los hombres de la tierra, Jesús no ha querido convertirse en causa de "maldición" para las gentes. Con él termina la cadena de la ofensa y la venganza; en él se rompe aquella línea de pecado y maldición que amenazaba sobre el mundo. Precisamente allí donde el pecado ha sido decisivo (muerte de Jesús) viene a mostrarse el poder definitivo del perdón que a todos se ha extendido.

"Hoy estarás conmigo en el paraíso". La tradición ha recordado que cerca de Jesús murieron dos bandidos. Pues bien, Lucas precisa que uno de ellos suplicó diciendo: "Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino". Y Jesús, condenado por los jefes del pueblo del antiguo testamento, viene a mostrarse como el dueño de la salvación; la ha repartido a todos los pecadores en el tiempo de su vida; rodeado por la muerte, la reparte ahora al bandido. Eso significa que ya no marcha solo. Van con él los que le aceptan, los perdidos y los pobres, los bandidos, publicanos, pecadores y malditos, todos los que no han hallado salvación sobre la tierra y piden: "Acuérdate de mí..."

La verdad de Jesús se refleja en todo el camino de su muerte. Por eso el "hoy" de la cruz se ha desvelado para el bandido (para todos los hombres pecadores de la tierra) como un hoy de salvación y paraíso. La resurrección y la ascensión serán la cara más profunda de aquello que se ha manifestado en el calvario.

Jesucristo es el Señor. En él reconocemos al Primogénito entre los muertos, a la Cabeza de la humanidad y de la Iglesia. En él todo ha sido llamado a la plenitud y por él todas las cosas serán consumadas cuando Dios sea "todo en todo". Creemos en él como el Hijo de Dios encarnado en Jesús de Nazaret; como el hermano que ha sido exaltado; como la Palabra salvadora de Dios; como el muerto que ha resucitado. No tenemos otro Nombre en el que encontremos la salvación. Tampoco tenemos otro camino: él es la única Norma de nuestra realización personal y colectiva. A él el poder y la gloria por los siglos.